«La filantropía es propia de las sociedades sanas y bien estructuradas. Refleja la expresión de una comunidad solidaria»

Bill y Melinda García

García es el apellido que más se lleva en España, pero Bill y Melinda son dos nombres propios bien concretos que, inmediatamente, habrán evocado en el lector a la pareja más notoria en el mundo de la filantropía planetaria hoy en día: la de los Gates. La filantropía ya no es lo que era. Es mucho mejor. Es decir, sigue siendo filantropía, pero tiene una cuenta de resultados. La pregunta que quiero hacer titulando así esta columna es: ¿existen los Bill y Melinda Gates españoles? No conozco la respuesta y eso me preocupa. Si resultara que existen, estaría muy bien que se supiera urbi et orbi para estimular la imitación, pues me temo que no estamos muy sobrados de filántropos aunque tengamos nuestra cuota de «potentes». Si no existen, debemos preguntarnos qué hay en nuestra idiosincrasia que impide ese fenómeno.

Puede que el sistema de bienestar en nuestro país sea tan bueno que haga innecesaria la filantropía como sector organizado. No tenemos un mal sistema de bienestar en España, quizá algo desequilibrado y con una mezcla de incentivos no tan sana como sería de desear, pero no es malo. El problema es que, ahora, nos enfrentamos a la necesidad de replantear algunas de sus disfunciones y, además, escasean dramáticamente los recursos.

La crisis y el paro, por otra parte, han hecho saltar las costuras del tejido social y hasta la filantropía más visible e institucional (Cruz Roja, Cáritas) se ha visto desbordada por las demandas de grupos sociales hasta hace poco instalados entre las clases medias que no podían satisfacerse por los mecanismos formales del bienestar. El imparable movimiento de convección de la pobreza está creando nuevas capas de necesidad y desplazando a las que ya estaban en la parte inferior de la escala, en los tiempos ordinarios, de sus refugios habituales.

Puede que proclamar «un impuesto para ricos» no sea muy original, pero, en ciertos países «de nuestro entorno», como se suele decir sin reparar en lo que esto implica, han surgido voces desde los cuarteles más favorecidos entonando el «por qué no» o el «sí, quiero». No en España. Por el contrario, han sido generales las voces que se han vuelto hacia el Estado, como si éste pudiese hacer en tiempos de escasez más de lo que hacía en tiempos de abundancia.

Hay quien ve con malos ojos la filantropía, desde luego en nuestras sociedades latinas, demasiado influidas por culturas no exentas de rasgos propios del *ancien régime* con sus consiguientes contrapesos hacia el extremo opuesto. Pero la filantropía es propia de las sociedades sanas y bien estructuradas. Refleja la expresión de una comunidad solidaria más allá de los decretos-ley. Y, desde luego, evoluciona con el contexto, como muestra la vitalidad de los grandes filántropos globales (americanos, australianos, indios, brasileños, británicos) de toda la vida (Carnegie, Buffet, Carter) o procedentes de las empresas tecnológicas que han acabado dominando el panorama empresarial en las décadas recientes (Gates, Omidyar -EBay).

Es descorazonador contemplar el páramo filantrópico en nuestro país. Frente a esto, no obstante, cabe consolarse contando los excepcionales casos que se dan. Pero me temo que se gasta más dinero, tiempo y recursos de todo tipo en premios y saraos de todo pelaje o ámbito territorial, sectorial o institucional que en filantropía avanzada. Y es ahora cuando más iniciativas y más originales deberían estar floreciendo, cuando más pasos adelante deberían estar dándose, cuando más estructura civil y comunitaria debería estar generándose para asumir la responsabilidad que el Estado filantrópico se está viendo obligado a declinar. ¿Dónde están los Bill y Melinda Gates españoles? ::

José Antonio Herce
es socio-director de Economía Aplicada y Territorial de Consultores de Administraciones Públicas (Afi).
E-mail: jherce@afi.es